



ÁNGEL GARCÍA GALIANO | 24.11.2009 | Territorio Macondo

*ProtAgonizo*, Ester Belver, Sala Montacargas

Con poco ruido de crítica pero un lleno hasta la bandera, al menos en la sesión del sábado, a la que asistí, la pequeña y coqueta **Sala Montacargas** hubo de poner dos baterías de sillas supletorias en primera fila que, literalmente, se daban de bruces con la autora, directora y única “protagonista” de este espectáculo espléndido, divertido, lírico, inmisericorde y entrañado que lleva por título, *ProtAgonizo*, con esa A mayúscula que remarca una de las etimologías esenciales del teatro desde Grecia, que reivindica, en esta función, el carácter agónico, luchador, del actor y del personaje, en su lucha fuera de escena contra la “realidad”, y dentro de ella, sobre las tablas, en el día a día de los ensayos, las funciones, la soledad de los camerinos de provincias, con el texto, los compañeros de profesión, el director, los críticos, el público y uno mismo, cuando se ha de compaginar una vocación tan intensa, tan totalizadora como la de actor, con la vida cotidiana y sus circunstancias domésticas (la casa, las cosas) y metafísicas (el amor, la soledad, el sentido).

Con el único atrezzo de tres espejos que reflejan el cuerpo de la actriz en un juego, a la vez, de dispersión y acogida muy bien logrado (el reflejo eres y no eres tú, al mismo tiempo, y ya saben que los espejos, como decía Borges, tienen algo de monstruoso porque, al igual que la cópula, multiplican el número de los hombres) y ciertos objetos (un reloj, una caja de muñecas, un pompón de *starlette*, un lápiz de labios, un sujetador, también de revista o musical años setenta) simbólicos en el decurso de la vida de la mujer y de la actriz, que van saliendo de detrás, al hilo del discurso, ilustrándolo o recreándolo, más el desnudo integral del cuerpo de la “actriz” (no confundir la actriz Belver con la “actriz” que protagoniza su monólogo y a la que ella encarna, ¿o sí?), el personaje en escena va desnudando su alma en un progresivo despojamiento, no cronológico, sino emocional, en el que al hilo de ciertas canciones, imágenes, situaciones o recuerdos, se nos desgrana (con ternura, con pasión, en ciertos momentos muy dramáticos con desgarró y, casi siempre, con una sonrisa en los labios) la vida personal y las vicisitudes artísticas de esta niña y mujer que un día decidió, o “fue decidida”, subirse a un escenario.

Al compás de esta secuenciación emocional van brotando las anécdotas, problemas, encuentros, prospecciones de un camino que ha ido conformando, en su particular viaje a la encrucijada de Delfos, como carácter, el destino de la prota-agonista. “En los seres humanos, el carácter es su destino”, dejó dicho el viejo Heráclito. Así acontece en esta bella y emocionante “re-presentación” de la vida vivida y soñada ante un auditorio que, una vez despojada de afeites y arropada con una bella bata roja, se equipara a la escena definitiva de la vida, la muerte, al gran y último monólogo del ser humano ante dios padre, en el juicio final, pues allí también, se nos ha dicho, nos dice la protagonista, en ese momento decisivo pasarán por la memoria las imágenes todas que resuelven el

conflicto al que hemos llamado nuestra existencia.

Uno de los hallazgos “de tono” más interesantes de la función es el de la capacidad de la actriz Ester Belver para integrar en su texto las circunstancias que acontecen en el instante mismo de la representación, es capaz de improvisar ante una luz que se funde, o algo que no sale como esperaba, incrustar el momento, el Ahora único y eterno de la actuación, dentro de un texto “ya escrito”, con un don para la improvisación que alimenta la propia función en un ejercicio de prestidigitación metateatral muy valiente que otorga al texto y, sobre todo, al espectáculo un aroma notable de frescura y de siempre vivo. Por eso es capaz de decir, casi al final, que en este instante al menos ella no tiene identidad, que se limita a dejarse hablar, esto es, a representar el papel que la vida le ha asignado en el teatro de la existencia. Sabiduría, creo, se llama eso.

Un momento glorioso (entre tantos hallazgos) de la función es aquel en que la protagonista expone su deseo de salir a la calle, sin memoria, sin juicios, sin máscaras, para ver las cosas por primera vez y saludar a todo el mundo y mirarlo a los ojos y verlos, no saberlos, sino verlos. O cuando se niega a ser etiquetada, o cuando se da cuenta de que la espera y el futuro, como uno mismo y todas sus creencias, son, literalmente, mortíferos, portadores de muerte.

Me consta que la función se ha prorrogado y que se podrá ver hasta el 19 de diciembre, de modo, lectores, que aprovechen y no se pierdan uno de los espectáculos más reconfortantes del teatro de hoy y de siempre.

*"protAgonizo". Hasta el 19 de Diciembre, de Jueves a Sábados, 21horas [Sala el Montacargas](#)*